

de los infieles; y el santo abad, dotado de una bondad singular, dijo á los religiosos: «hijos míos, si vienen esas gentes, dadles bien de comer y beber, pues han padecido mucho.» Los monjes prepararon un carro cubierto, pero no hubo quien se atreviese á conducirsele. El abad se negó á ello, porque estaba profundamente penetrado de la obligación de observar literalmente hasta morir las reglas de la clausura; los monjes atemorizados huyeron, y él quedó solo sin sobresalto; pero un criado quiso observar lo que pasaba, y se quedó escondido allí cerca. Cuando distinguió de lejos la tropa de musulmanes amenazando y anunciando el furor que los guiaba, corrió á dar aviso al Santo, el cual postrándose humildemente dijo: «Señor, disipa esa nación que se complace en el desorden y en la violencia, y no permitais que toque á las puertas de vuestra casa.» Detuvieron su marcha, y al cabo de una larga conferencia entre ellos tomaron otro camino.

Las victorias que ganó Carlos Martel á los sarracenos hicieron que estos volviesen su furor contra si mismos, y dieron lugar á muchas guerras civiles que prepararon desde entonces la ruina de su imperio en España; pero la posición y vasta estension del de Carlos no le permitieron aprovecharse de esta ventaja. No podía detenerse mucho tiempo en Francia sin que se rebelase la Sajonia ó alguna otra provincia de la Germania que era todavía pagana. Tomó el partido de demoler las fortificaciones de todas las ciudades, y de tener continuamente en pie de guerra un ejército aguerrido: providencia que logró hacer las sublevaciones mas difíciles y peligrosas, aunque no mucho mas raras. Creyó en fin que para restablecer sólidamente su poder era necesario reinar en los corazones de los súbditos, y que jamás llegaría á esta suerte de imperio sino por medio de la Religión.

En estas circunstancias se le presentó un misionero muy célebre con cartas de recomendacion del Papa, á fin de obtener su beneplácito y proteccion para predicar la fé en las provincias sujetas á su imperio al otro lado del Rhin (1). Era natural de Inglaterra, donde adquirió el conocimiento de las ciencias y de las prácticas de la vida monástica, y despues de haber hecho algunas misiones pasó á Roma, donde el Papa Gregorio II le consagró obispo, mudándole el nombre de Oinfrido en el de Bonifacio. Había predicado al principio en la Frisia, que de un modo singular habia vuelto á caer en la idolatría, despues de haber abrazado el cristianismo por la predicacion de San Wulfrando, arzobispo de Sens, que se ausentó de su diócesis por espacio de cinco años para trabajar en la conversion de los infieles. El rey Ratbodo se hallaba en el momento de recibir el bautismo, y tenia ya puesto un pie en la fuente ó pila sagrada cuando se le ocurrió preguntar al arzobispo, si los reyes y príncipes de los frisones estaban en el paraíso que él le prometia, ó en el infierno. Respondió Wulfrando, que habiendo muerto con las manchas del pecado y de la idolatría, no podia dudarse de su condenacion. Ratbodo al oírlo se retiró inmediatamente de la pila, y dijo: «No puedo resolverme á dejar la compañía de tantos hombres ilustres para reunirme á la de un monton de cobardes y de miserables en vuestro reino celestial. Id á otra parte con vuestras novedades, que nosotros preferimos seguir los antiguos usos de los valientes frisones (2).» Mas este vano efugio no logró calmar la conciencia del príncipe inconstante.

Envío á llamar poco tiempo despues á San Willebrodo, otro inglés consagrado ar-

(1) *Act. Bened. tom. 4. inat.*
(2) *Act. Bened. t. 3, p. 361.*

zobispo de los frisones por el Papa, y que habia establecido su silla en Utrecht. De-seaba que platicase con San Wulfrando, y que pensasen algun medio de conciliar el cristianismo con la religion de sus padres; pero San Willebrodo respondió á los enviados: «¿cómo será posible que vuestro soberano abraze mis consejos, despues de haber despreciado los de nuestro hermano el santo obispo Wulfrando? He visto esta noche á ese príncipe desgraciado cargado de abrasadas cadenas, y tengo bastante fundamento para temer que se halle ya en el abismo infernal.» No obstante, resolvió el Santo ir á buscar á Ratbodo; y sabiendo en el camino que habia muerto sin bautismo, se volvió atrás lleno de tristeza.

Con esta muerte quedó Carlos Martel poseedor pacífico de toda la Frisia. San Bonifacio, que habia abandonado un pais en donde no esperaba poder obrar ningun bien sólido bajo el dominio de un apóstata, regresó sin dilacion para entrar á la parte en los trabajos de San Willebrodo, ya muy anciano, y que quiso nombrarle sucesor suyo. Mas Bonifacio se escusó alegando estar destinado por el Papa para las naciones de la Germania Oriental, á donde pasó en efecto luego que los negocios de la Religion en Frisia se lo permitieron. Padeció mucho, particularmente en la Turingia que los sajones idolatras acababan de incendiar. Estaban tan pobres los pueblos, que Bonifacio apenas tenia con qué vivir, á pesar del continuo trabajo de manos á que estaban dedicados él y sus misioneros, y de hacer venir de muy lejos las cosas necesarias á la vida. Sin embargo, el cristianismo habia sido establecido allí con la dominacion francesa desde el tiempo del primer rey Tierri, hijo del gran Clodoveo; mas parecia casi enteramente estinguido con ella. Los habitantes que quedaron, reconocieron por sus soberanos á los antiguos sajones, nacion muy adic-

ta al paganismo y la mas temible de la Germania. Se mezclaron tambien algunos falsos hermanos, quienes introdujeron la heregía con el nombre de religion, segun se esplican los historiadores de aquel tiempo, entendiendo principalmente por heregía la incontinencia del clero, porque aquellos pueblos salvages eran muy poco amigos de las sutilezas y especulaciones heréticas.

A pesar de tantos obstáculos y contradicciones, reanimóse la fé en todas partes y las costumbres tornaron á su antigua pureza. Se edificaron en breve tiempo muchas iglesias: á la orilla del rio Or, donde los operarios evangélicos no tenian antes mas que unas pobres tiendas para su habitacion, se levantó un monasterio que tomó de aquí su nombre de Ordof, y principió á celebrarse con dignidad en este santuario el culto cristiano. Acantonábanse al principio las tropas francesas cerca de los misioneros para ponerlos á cubierto de las irrupciones é insultos de los idolatras; mas creciendo de dia en dia el número de fieles, pronto fué inútil esta precaucion.

Aunque tan feliz y hábil era Bonifacio en el ministerio apostólico, se gloriaba de seguir los consejos de sus antiguos maestros como si fuese todavía su discípulo; y así recibió la carta de Daniel de Vinchester su antiguo obispo, tan digno de veneracion por su sabiduría y doctrina como por su virtud (1).

«No ataqueis directamente, le decia, ciertas preocupaciones de los bárbaros, tales como las genealogías de sus falsas divinidades: dejadlos que permanezcan por algun tiempo en el error de que sus dioses nacieron unos de otros del mismo modo que los hombres, para con esto probarles que no existian antes.—Cuando ellos se vean precisados á confesar que los dioses han tenido principio, preguntadles si el mundo le

(1) *Inter Epist. S. Bonif. num. 67.*

ha tenido igualmente, ó si ha sido eterno. Si dijeren que el mundo principió á existir, añadan qué virtud le dió el ser, pues á la verdad, antes de la creacion del mundo no habia lugar alguno en que unos dioses engendrados y corpóreos pudiesen existir. Entiendo por mundo no solo el globo terrestre y el cielo visible, sino tambien todos los espacios que los paganos pueden imaginar. Si defienden que el mundo es eterno, volvedles á preguntar quién le gobernaba antes que los dioses hubiesen nacido, cómo han podido subyugar á un mundo que existió tanto tiempo antes sin el concurso de su poder, de dónde creen que hayan venido el primer dios y la primera diosa, si engendran todavía, ó si ya no engendran. Si no engendran ya, ¿quién ha hecho cesar su fecundidad? Y si han de estar engendrando eternamente, y habiendo de llegar entonces á ser infinito el número de dioses, ¿qué harán los hombres para honrarlos, ó al menos para distinguir los mas poderosos en cuya desgracia seria peligroso incurrir? Empero al hacer estas objeciones no insulteis á esos pobres ciegos, antes bien compadeceos de ellos con tal piedad é interés que os ganeis sus corazones. Convenced si es posible; confundid si es necesario; pero no irriteis jamás. Que se avergüencen de sus fábulas absurdas, y sobre todo de la abominacion de sus observancias, comparándolas con la pureza y noble sencillez del Evangelio, que os concretareis á tocar de paso para no dar á entender que triunfais de su humillacion.

Para combatir á aquellos groseros idolatras, mas bien con sus mismas preocupaciones que con argumentos relevantes que habrian sido infructuosos, aconseja tambien el sábio prelado á San Bonifacio, que pregunte á aquel pueblo, consagrado al servicio de sus dioses casi únicamente por el interés de una felicidad presente y temporal, en qué es mas feliz en este mundo que los cristianos; por qué estos poseen las regiones mas bellas del universo, tierras fértiles en aceite, vino y otros varios frutos deliciosos de toda especie, en tanto que los paga-

nos y sus divinidades no tienen mas que tierras ingratas y áridas. «No conviene, prosigue, dejarles ignorar ni la grandeza del mundo cristiano, ni que la idolatría dominaba en todo el universo antes que la gracia de Jesucristo le alumbrase con el conocimiento del verdadero Dios.» Tal es entre las instrucciones del obispo Daniel uno de los muchos monumentos que los siglos nos han transmitido de la sabiduría y capacidad que siempre han resplandecido en el cuerpo episcopal.

San Bonifacio consultó especialmente al santo obispo Daniel acerca de los eclesiásticos escandalosos que habia en el distrito de su mision; y le aconsejó este sábio prelado que á ejemplo de los Santos llevase con paciencia lo que no podia estorbar. «En cuanto á los sacerdotes homicidas ó deshonestos, le dice, ya sabeis que segun los cánones no se les puede admitir á las funciones del sacerdocio, y mucho menos al gobierno de las almas; mas en las cosas de la vida no debemos separarnos de ellos, pues como dice San Pablo, no seria posible verificarlo sin salir de este mundo: basta que os separeis de ellos en las cosas sagradas.» Cita en seguida con mucha exactitud las máximas de San Agustin para soportar á los malos é incorregibles y para no dividir la Iglesia á pretesto de purificarla. Por último, le exhorta á tener mucha paciencia y condescendencia con aquellos bárbaros.

Escribió tambien el Sumo Pontífice al humilde misionero, que le habia dado cuenta exacta de todos sus pasos, advirtiéndole (1) que no debia temer hablar y aun comer con los sacerdotes y obispos de vida corrompida, pues mas fácilmente se reducen los pecadores con la indulgencia y afebilidad que con el rigor de las reprehensiones. En la misma carta, colocada en el nú-

(1) Greg. P. II. Ep. 13 tom. 6 Concilior.

mero de las decretales, responde Gregorio II á diferentes puntos de consulta relativos á la disciplina (1). Acerca del matrimonio encontramos en ella un artículo que á primera vista causa admiracion. Permítese en él no solo el matrimonio entre un hombre y una muger que sean parientes hasta el quinto grado (aunque el uso comun era no permitir el matrimonio entre los que pudiesen reconocer algun parentesco), sino que se añade que si la muger tuviese alguna enfermedad por la que quedase perpétuamente inhábil para el matrimonio, no se impida al marido casarse con otra, bajo la condicion de proporcionar á la enferma los auxilios necesarios. Han creído algunos teólogos desvanecer esta dificultad diciendo que esta respuesta debe entenderse de una simple tolerancia en vista de la estupidez de aquel pueblo, con el fin de estorbar otro mal mayor; pero esta solucion es tan inútil como poco satisfactoria. Se trataba de una impotencia permanente, segun los términos de la carta, *si la muger no pudiese consumir el matrimonio*; y por consiguiente de un impedimento dirimente, lo cual hace desaparecer toda dificultad. A pesar de la ignorancia y barbarie de esta nacion, no deja el Pontífice de decidir en el propio lugar, que los niños ofrecidos por sus padres para la vida monástica quedan verdaderamente consagrados á Dios en virtud de esta ofrenda, y privados de la libertad de casarse.

Tambien poseemos con el título de reglamento ó capitular una instruccion del Papa Gregorio II relativa á las misiones de Germania. Habian llegado por fin los dias de salvacion y los momentos de la gracia para esta nacion grande y célebre que debia á su vez comunicar la luz del Evangelio hasta las estremidades del norte; bretones,

(1) Greg. P. II. Ep. 13 tom. 6 Concilior., cap. 2.

franceses, romanos, todos los que habian recibido el espíritu del apostolado iban como á competencia á cada una de las naciones germánicas. Partió para la Nórica ó Baviera un obispo llamado Martiniano en compañía del sacerdote Jorge y del subdiácono Doroteo, ambos de la Iglesia romana. Dió el Sumo Pontífice á este prelado las reglas siguientes (1):

«De acuerdo con el duque de la provincia, reunireis una asamblea de los principales de la nacion; examinareis en ella á los sacerdotes y demas clérigos, y dejareis la facultad de celebrar, de oficiar y de asistir al sacrificio á aquellos cuya fé hallareis pura y la ordenacion canónica. En cuanto á los ministros equivocados, les prohibireis toda funcion, y colocareis en su lugar hombres experimentados á quienes impondreis la obligacion de observar las tradiciones romanas. Cuidareis de que en cada iglesia se celebre la misa y los oficios del dia y de la noche con las lecciones de la Escritura. Establecereis obispados, y en esto habreis de tener en cuenta la jurisdiccion de cada duque y la distancia de los lugares, y ordenareis con igual atencion las dependencias de cada Silla. Si hubiere tres, cuatro, ó mas, reservareis la principal para un arzobispo. Habiendo reunido tres obispos, ordenareis otros nuevos mediante la facultad que la Sede apostólica os ha confiado. Para la dignidad de metropolitano si hallareis un sugeto digno, nos lo enviareis con carta vuestra, ó le acompañareis en persona. Si no hubiese alguno que sea capaz, nos lo comunicareis para enviaros uno de aquí. Después de haber instruido á estos nuevos obispos acerca de las irregularidades, les encargareis que no celebren ordenaciones ilícitas, que confieran las órdenes en los tiempos señalados, y que velen sobre la conservacion y administracion de los bienes de la Iglesia, cuidando de hacer de ellos las cuatro partes acostumbradas.»

Esta es la parte esencial de la instruccion Pontificia con respecto al régimen

(1) Tom. 6. Concilior. pag. 1452.

eclesiástico; pues lo restante no comprende mas que algunos cánones con frecuencia repetidos en otras partes, y las prohibiciones de las prácticas supersticiosas, los sortilegios ó maleficios, muy comunes entre los pueblos germánicos.

Tenia ya la Baviera dos obispos ilustres, á saber, Roberto ó Ruperto de Salzburgo, como le llaman los alemanes, y Corbiniano de Frisinga. Uno y otro eran franceses: este natural de Chatre cerca de Paris, y aquel de la misma sangre de los reyes de Francia. Alentados ambos por un celo digno de su origen, se habian dedicado á la conversion de los bávaros, quienes por la debilidad del gobierno recayeron en la idolatría. Roberto fué primeramente obispo de Worms, en donde consiguió la mayor reputacion (1). Envióle diputados Teodon, duque de Baviera, pidiéndole ministros que dilatasen la luz evangélica por sus dominios. Al momento envió el prelado algunos de sus discípulos, y despues fué en persona. Escuchóle Teodon con docilidad, y recibió el bautismo con muchos súbditos suyos tanto de la nobleza como del pueblo, ya porque fuese idólatra, ó ya porque hubiese caído en alguna heregía, tal como la secta de los fotinianos que se habia estendido desde Iliria á la Baviera y que habia mudado la forma del bautismo.

Despues de la conversion del soberano recorrió el santo obispo toda la provincia, y aun bajó por el Danubio hasta las fronteras de la baja Pannonia predicando con mucho fruto, levantando y consagrando iglesias, y devolviendo á la verdadera Religión su antigua pureza y esplendor. Estableció su Silla episcopal en la antigua ciudad de Juvare, que es en el día de hoy la ciudad de Salzburgo, en donde levantó un templo magnífico en honor de San Pedro con un

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3, pag. 339.*

monasterio y celdas para los monges; es decir, que destinó un clero regular para celebrar diariamente el oficio divino. Creciendo de dia en dia la mies, regresó á su patria para buscar nuevos operarios, y se llevó doce con su sobrina Erentrudis que se habia consagrado á Dios. Levantó para ella en una montaña vecina un monasterio que de su nombre tomó el título de Nonneberg, instituyéndola su primera abadesa. Toda la vida del santo obispo ofrece una larga série de trabajos y frutos apostólicos. Para continuarlos despues de su muerte, nombró un sucesor capaz de conservar su obra. La prohibicion canónica de elegirse sucesor no tenia lugar en estas nuevas iglesias poco interesantes á la codicia, y cuyos primeros titulares estaban por otra parte autorizados por la Santa Sede para tomar todas las precauciones que reputasen necesarias á la seguridad de la Religión.

San Corbiniano se habia consagrado enteramente á Dios desde sus mas tiernos años, y luego se retiró con sus domésticos cerca de la iglesia de San German de Chatre, en el dia Arpajon, donde levantó un pequeño monasterio (1). Concurrieron á aquel sitio todos los comarcanos para aprender en sus ejemplos ó instruirse con sus consejos. Muy en breve practicaron lo mismo los varones mas distinguidos, y Pipino, gefe del palacio se encomendó á sus oraciones. Presentábanle muchas dádivas y ofrendas; pero el austero penitente no admitia mas que lo necesario para la conservacion de una vida casi independiente de los sentidos, y repartia el resto á los pobres, y todavia estaba continuamente temblando que su fama y las visitas y presentes que le atraia, le ocasionasen la pérdida de su alma. Despues de catorce años de retiro fué á Roma á des-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3, pag. 300.*

ahogar en el corazon del Padre comun de los fieles las inquietudes de su conciencia. Descubrió el Papa no sin admiracion todos los tesoros ocultos en una alma tan ventajosamente prevenida de la gracia. Opinó que interesaba al bien de la Iglesia sacarle de la oscuridad, y despues de haber discutido con su Concilio tanto sobre la necesidad en que se encontraban las Galias, abismadas como esta an en una relajacion deplorable por lo calamitoso de los tiempos, cuanto sobre el mérito del varon apostólico que con tanta oportunidad le depuraba la Providencia, le nombró obispo sin Silla particular, pero con el palio, y facultándole para evangelizar en todo el mundo. Corbiniano se sometió, aunque con mucha repugnancia, y volvió á predicar en varias provincias de la Francia, en donde recogió copiosos frutos, no menos entre los eclesiásticos y monges que entre el pueblo.

Mas su humildad se alarmó de nuevo y mas que nunca á vista de la veneracion pública hácia su persona, pues de dia en dia iba en aumento. En vano se retiró á su antiguo monasterio de Chatre, porque cuanto mas huia de la gloria, tanto mas le perseguia esta. Acordó volver á Roma para lograr del Papa la dispensa de las funciones del obispado, y el permiso de vivir del trabajo de sus manos bajo la direccion de un superior en alguna soledad oculta. Para hacerse menos visible huyó el camino ordinario, y emprendió su viaje por Alemania. Llegado que hubo á Baviera, su corazon sensible é inflamado de la caridad apostólica, no pudo menos de tomar interés en socorrer la necesidad de instruccion que tenia aquel pueblo recién convertido. El duque Teodon y toda su nobleza en el primer fervor de su conversion le miraron como un ángel descendido del cielo para dar la última mano á la obra de Dios. Permaneció algun tiempo entre ellos para asegurar sus

buenos sentimientos, y emprendió en seguida el camino de Roma. Visitó tambien Teodon el sepulcro de los Santos Apóstoles, siendo el primero de su nacion que hizo esta peregrinacion religiosa; y murió poco tiempo despues.

Cuando Corbiniano llegó á Roma, se arrojó segunda vez á los pies del Sumo Pontífice, le rogó con lágrimas que le relevase del peso insoportable con que la Santa Sede le habia cargado, y le consintiese en fin encerrarse en un monasterio donde pudiese vivir desconocido de todos, ó le señalase á lo menos una porcion de tierra inculta y desierta para desmontarla y cultivarla. El Papa se enterneció al ver una humildad tan sincera como espresiva; sin embargo, no osó resolver por si mismo. Reunió todo el Concilio, y acordaron unánimemente que siendo Corbiniano por su humildad profunda tanto mas digno del santo ministerio, cuanto él se creia mas indigno de obtenerle, debia seguir con docilidad en el ejercicio de sus funciones. El Pontífice le llamó para comunicarle personalmente la resolucion que se habia tomado: el Santo se manifestó inconsolable, pero no pudiendo ya dudar de la voluntad de Dios salió de Roma y tomó el camino de Baviera.

Entretanto el duque Grimoaldo, hijo de Teodon, tenia guardas en las fronteras para no permitir el paso á Corbiniano hasta que ofreciese ir á visitarle. Fué necesario que el obispo accediese á sus deseos, mas lo verificó como apóstol y como santo. Al llegar á palacio declaró que no se dejaria ver del duque si no renunciaba su matrimonio incestuoso, abandonando á su muger Piltrudis, viuda de su hermano. Deliberaron y difirieron las resoluciones por espacio de cuarenta dias: los culpables no podian resolverse á una separacion: el varon apostólico instaba para reducirlos á la penitencia, y mostró una firmeza siempre inflexible en su ne-